

IV Domingo de Adviento

¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?
(Lc 1, 39-45)

ANTÍFONA DE ENTRADA (Is 45,8)

Cielos, destilad el rocío; nubes, derramad la victoria; ábrase la tierra y brote la salvación.

No se dice «Gloria»

ORACIÓN COLECTA

Derrama, Señor, tu gracia sobre nosotros, que por el anuncio del ángel hemos conocido la encarnación de tu Hijo, para que lleguemos por su pasión y su cruz a la gloria de su resurrección.

PRIMERA LECTURA (Mi 5,1-4)

El reino de David durará por siempre en la presencia del Señor

Lectura del libro de Miqueas

Así dice el Señor: «Pero tú, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel. Su origen es desde lo antiguo, de tiempo inmemorial. La entrega hasta el tiempo en que la madre dé a luz, y el resto de sus hermanos retornará a los hijos de Israel. En pie, pastoreará con la fuerza del Señor, por el nombre glorioso del Señor, su Dios. Habitarán tranquilos, porque se mostrará grande hasta los confines de la tierra, y éste será nuestra paz».

SALMO RESPONSORIAL (Sal 79, 2ac y 3b. 15-16. 18-19)

R/. Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.

Pastor de Israel, escucha,
tú que te sientas sobre querubines, resplandece.
Despierta tu poder y ven a salvarnos. **R/.**

Dios de los ejércitos, vuélvete:
mira desde el cielo, fíjate,
ven a visitar tu viña,
la cepa que tu diestra plantó,
y que tú hiciste vigorosa. **R/.**

Que tu mano proteja a tu escogido,
al hombre que tú fortaleciste.
No nos alejaremos de ti:
danos vida, para que invoquemos tu nombre. **R/.**

SEGUNDA LECTURA (Hb 10,5-10)

Aquí estoy para hacer tu voluntad

Lectura de la carta a los Hebreos

Hermanos: Cuando Cristo entró en el mundo dijo: «Tú no quieres sacrificios ni ofrendas; pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: «Aquí estoy, oh, Dios, para hacer tu voluntad.» Primero dice: «No quieres ni aceptas sacrificios ni ofrendas, holocaustos ni víctimas expiatorias» —que se ofrecen según la ley— Después añade: Aquí estoy yo para hacer tu voluntad. Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y

conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

ACLAMACIÓN AL EVANGELIO (Lc 1,38)

R/. Aleluya, aleluya

Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

R/. Aleluya, aleluya

EVANGELIO (Lc 1, 39-45)

¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?

Lectura del Santo Evangelio según San Lucas

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú, que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá».

Se dice «Credo»

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

El mismo espíritu, que cubrió con su sombra, y fecundó con su poder las entrañas de María, la Virgen Madre, santifique, Señor, estos dones que hemos colocado sobre tu altar.

ANTÍFONA DE COMUNIÓN (Is 7,14)

Mirad: La Virgen está encinta y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Dios—con—nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, que este pueblo, que acaba de recibir la prenda de su salvación, se prepare con tanto mayor fervor a celebrar el misterio del nacimiento de tu Hijo cuanto más se acerca la fiesta de Navidad.

Lectio

Estamos en vísperas de Navidad: todo está listo, o casi. San Lucas presenta una historia con dos espléndidas protagonistas, María e Isabel; y es Isabel quien pronuncia el retrato más bello de Nuestra Señora de todas las Escrituras, con ese "¡Bendita tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!". Isabel es una mujer iluminada por la fe que, en el Espíritu, se convierte en alabanza a Dios.

Nuestra Madre la Iglesia ha elevado, delante del rostro de Dios, a un gran honor a las mujeres proclamando a María Madre de la Iglesia. El regocijo y el gozo eran la fuerza de Nuestra Señora. Fue su hijo quien hizo de ella la presurosa servidora de Dios, porque desde que entró en ella «se fue a toda prisa». Solamente el gozo podía darle la fuerza para marchar a toda prisa más allá de las colinas de Judea y convertirse en la servidora de su prima. Esto sirve igualmente para nosotras; igual que ella debemos servir con prontitud, cada día, apresurarnos para ir más allá de las dificultades que nos encontremos al ofrecer con todo nuestro corazón nuestro servicio a los pobres.

El texto

El Evangelista San Lucas, nos presenta en este texto, la continuación al conocido texto de la ANUNCIACIÓN. Es decir, inmediatamente que María recibió el anuncio por parte del Ángel.

Estructura del texto

Podemos reconocer tres partes en el evangelio, para su mejor comprensión:

- Lc 1,39 y 40, inmediatamente después de que María recibe la visita del Ángel, cuando María, acepta la propuesta de Dios de ser Madre del Salvador. Entonces, María, ya llevando en su Sagrado seno virginal, a Jesús, se pone en camino para ir a servir, para ayudar a su prima Isabel, de quien sabía que esperaba un hijo. Esta actitud de María nos enseña que, Quien ha recibido la Palabra de Dios, lo primero que hace es disponerse a servir.

- Lc 1,41-44 es el saludo de María y el reconocimiento de Isabel de que Ella era “la Madre de su Señor”. Las palabras de Isabel resuenan durante siglos hasta nuestra era en el rezo precioso del Ave María, cuando decimos junto con ella: “bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre...” Esto nos recuerda que es el Espíritu Santo quien nos impulsa a orar, a reconocer a Dios en sus obras y en sus personas. Y también es quien nos ayuda a reconocer a la “madre de mi Señor”.

Lc 1,45 Es cuando Isabel anuncia con gran fuerza y le dice a María: Dichosa, Feliz, Bienaventurada tú, porque creíste. Es decir, está hablando de la Fe de María, que la lleva a su Felicidad plena. Es la fe en Dios y en su Palabra, lo que produce alegría completa, felicidad plena, dicha duradera. La fe también lleva al cumplimiento de la promesa de Dios.

La Buena Noticia naturalmente trae un cambio de vida. María al recibir la Buena Nueva se convierte en la primera creyente, en la primera cristiana y discípula. Ella no es la misma ahora que antes. Pues al haber aceptado el Evangelio y sus consecuencias, se transforma no sólo en la madre del Redentor, sino en la madre de los redimidos.

Para celebrar bien la Navidad, estamos llamados a detenernos en los «lugares» del asombro. Y, ¿cuáles son los lugares del asombro en la vida cotidiana? Son tres. El primer lugar es el otro, en quien reconocemos a un hermano, porque desde que sucedió el Nacimiento de Jesús, cada rostro lleva marcada la semejanza del Hijo de Dios. Sobre todo, cuando es el rostro del pobre, porque como pobre Dios entró en el mundo y dejó, ante todo, que los pobres se acercaran a Él.

Otro lugar del asombro —el segundo— en el que, si miramos con fe, sentimos asombro, es la historia. Muchas veces creemos verla por el lado justo, y sin embargo corremos el riesgo de leerla al revés. Sucede, por ejemplo, cuando ésta nos parece determinada por la economía de mercado, regulada por las finanzas y los negocios, dominada por los poderosos de turno. El Dios de la Navidad es, en cambio, un Dios que «cambia las cartas»: ¡Le gusta hacerlo! Como canta María en el Magnificat, es el Señor el que derriba a los poderosos del trono y ensalza a los humildes, colma de bienes a los hambrientos y a los ricos despide vacíos (cf. Lc 1, 52-53).

Un tercer lugar de asombro es la Iglesia: mirarla con el asombro de la fe significa no limitarse a considerarla solamente como institución religiosa que es, sino a sentirla como Madre que, aun entre manchas y arrugas —¡tenemos muchas!— deja ver las características de la Esposa amada y purificada por Cristo Señor. Una Iglesia que sabe reconocer los muchos signos de amor fiel que Dios continuamente le envía. Una Iglesia para la cual el Señor Jesús no será nunca una posesión que defender con celo: quienes hacen esto, se equivocan, sino Aquel que siempre viene a su encuentro y que ésta sabe esperar con confianza y alegría, dando voz a la esperanza del mundo. La Iglesia que llama al Señor: «Ven Señor Jesús». La Iglesia madre que siempre tiene las puertas abiertas, y los brazos abiertos para acoger a todos. Es más, la Iglesia madre que sale de las propias puertas para buscar, con sonrisa de madre a todos los alejados y llevarles a la misericordia de Dios. ¡Este es el asombro de la Navidad!

En Navidad Dios se nos dona todo donando a su Hijo, el Único, que es toda su alegría. Y sólo con el corazón de María, la humilde y pobre hija de Sión, convertida en Madre del Hijo del Altísimo, es posible exultar y alegrarse por el gran don de Dios y por su imprevisible sorpresa. Que Ella nos ayude a percibir el asombro —estos tres asombros: el otro, la historia y la Iglesia— por el nacimiento de Jesús, el don de los dones, el regalo inmerecido que nos trae la salvación. El encuentro con Jesús nos hará también sentir a nosotros este gran asombro. Pero no podemos tener este asombro, no podemos encontrar a Jesús, si no lo encontramos en los demás, en la historia y en la Iglesia.

Apéndice

DEL CATECISMO DE LA IGLESIA

Concebido por obra y gracia del Espíritu Santo...

484: La anunciación a María inaugura la plenitud de «los tiempos» (*Gál 4,4*), es decir, el cumplimiento de las promesas y de los preparativos. María es invitada a concebir a Aquel en quien habitará «corporalmente la plenitud de la divinidad» (*Col 2,9*). La respuesta divina a su «¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?» (*Lc 1,34*) se dio mediante el poder del Espíritu: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti» (*Lc 1,35*).

485: La misión del Espíritu Santo está siempre unida y ordenada a la del Hijo. El Espíritu Santo fue enviado para santificar el seno de la Virgen María y fecundarla por obra divina, Él que es «el Señor que da la vida», haciendo que ella conciba al Hijo eterno del Padre en una humanidad tomada de la suya.

486: El Hijo único del Padre, al ser concebido como hombre en el seno de la Virgen María, es «Cristo», es decir, el ungido por el Espíritu Santo, desde el principio de su existencia humana, aunque su manifestación no tuviera lugar sino progresivamente: a los pastores, a los magos, a Juan Bautista, a los discípulos. Por tanto, toda la vida de Jesucristo manifestará «cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder» (*Hech 10,38*).

...nació de santa María Virgen

487: Lo que la fe católica cree acerca de María se funda en lo que cree acerca de Cristo, pero lo que enseña sobre María ilumina a su vez la fe en Cristo.

488: «Dios envió a su Hijo» (*Gál 4,4*), pero para «formarle un cuerpo» quiso la libre cooperación de una criatura. Para eso desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo, a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a «una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María» (*Lc 1,26-27*):

El Padre de las misericordias quiso que el consentimiento de la que estaba predestinada a ser la Madre precediera a la encarnación para que, así como una mujer contribuyó a la muerte, así también otra mujer contribuyera a la vida (*LG 56*).

489: A lo largo de toda la Antigua Alianza, la misión de María fue preparada por la misión de algunas santas mujeres. Al principio de todo está Eva: a pesar de su desobediencia, recibe la promesa de una descendencia que será vencedora del Maligno y la de ser la Madre de todos los vivientes. En virtud

de esta promesa, Sara concibe un hijo a pesar de su edad avanzada. Contra toda expectativa humana, Dios escoge lo que era tenido por impotente y débil para mostrar la fidelidad a su promesa: Ana, la madre de Samuel, Débora, Rut, Judit y Ester, y muchas otras mujeres. María «sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, que esperan de él con confianza la salvación y la acogen. Finalmente, con ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación».

«Hágase en mí según tu palabra»

494: Al anuncio de que ella dará a luz al «Hijo del Altísimo» sin conocer varón, por la virtud del Espíritu Santo. María respondió por «la obediencia de la fe» (*Rom 1,5*), segura de que «nada hay imposible para Dios»: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra» (*Lc 1,37-38*). Así dando su consentimiento a la palabra de Dios, María llegó a ser Madre de Jesús y, aceptando de todo corazón la voluntad divina de salvación, sin que ningún pecado se lo impidiera, se entregó a sí misma por entero a la persona y a la obra de su Hijo, para servir, en su dependencia y con él, por la gracia de Dios, al Misterio de la Redención: Ella, en efecto, como dice S. Ireneo, «por su obediencia fue causa de la salvación propia y de la de todo el género humano». Por eso, no pocos Padres antiguos, en su predicación, coincidieron con él en afirmar: «el nudo de la desobediencia de Eva lo desató la obediencia de María. Lo que ató la virgen Eva por su falta de fe lo desató la Virgen María por su fe». Comparándola con Eva, llaman a María “Madre de los vivientes” y afirman con mayor frecuencia: «la muerte vino por Eva, la vida por María».